

No solamente en el deporte, sino en cualquier aspecto de la vida surgen inesperadamente sorpresas que son, después de todo, eso que se llama sal y pimienta y que le pone a usted el rostro alegre como una mañanita de mayo o descompuesto como un estómago ulcerado. El 31 de mayo, pusieron el cartel, un partido que era verdaderamente "pollo" para Solozábal. Pero cuando se jugaba la quiniela Guara III se lastimó la rodilla derecha y Ubeda entró a suplirlo. Desde ese momento cambió la fisonomía el encuentro estelar y desde ese momento también se inició uno de los partidos más sensacionales de todas las épocas, por lo bien jugado y por las dos estupendas vueltas que registró en su curso.

Pero antes de seguir adelante, hay que advertir que si el fenómeno Solozábal ha sido parado en seco en su esplendorosa campaña, el resultado de 30-28 no demerita su valor, dado que dió ventaja en la zaga y en el saque, aparte de que cuando realizó 8 tantos consecutivos y a través del magnífico peloteo de sus rivales, puso de manifiesto su juego levantando a pulso el partido y haciendo por su color todo lo humanamente posible.

Siempre ha sido un atractivo de ricos matices el movimiento del dinero; esa danza de las "traviesas" es un soberbio espectáculo. Esa noche tuvo los

perfils del drama, de la locura. Pero más allá de los efectos que el desarrollo del partido produjo en los momios, estuvo la batalla que brutalmente generaron los estelaristas en la jaula del Frontón México. Una batalla en la que se confundieron el valor y el poder y la inteligencia y el afán de victoria, para modelar un juego energético y alegre, brillante y de constantes impactos en el público. Si los apostadores gozaron y sufrieron las sangrientas volteretas, los genuinos aficionados tuvieron ante si una cátedra limpia y conmovedora de lo que es en sí el jai alai.

Paco Ubeda inició su embestida con un tono bélico que podrían envidiar los más celosos suicidas. Muguerza, fresquecito, hizo alarde de su poder y así esta pareja dominó 10-5. Pero entonces

en el cuadro 7, con una mano. A todo esto, el partido se conservaba en los focos con relativo equilibrio. Había tendencia dominante por el azul. Empero, fué estrujante el acercamiento de los rojos en 17-18. A partir de estas cifras, Muguerza acusó cansancio y bajó su pelota a la mitad del frontis.

Ubeda optó por jugársela y logró 2 saques limpios. Con una pelota "muerta" obtuvo un punto más. Pero apenas había llegado al 20 y sus rivales ya estaban a 4 tantos de la meta. Y entonces vino lo bueno: 10 puntos contra 2 para la victoria. ¡NADA!...

Con el apoyo de un público borracho de emociones, Ubeda y Muguerza fueron sumando tantos y llegaron al 27-28 porque Miguel Solozábal sacó a corta. Evidentemente la situación lo había alterado. Era presa del pánico escénico. Vino la igualada en el 28 debido a un reobte largo de José María Muguerza que pifió Solozábal. En seguida la tregua para dar ocasión a la tempestad de apuestas y al reanudarse el partido se formó un peloteo violentísimo. La última, sangrienta y trágica voltereta se produjo cuando un trallazo de Ubeda se le cayó a Ignacio. Y finalmente el tanto decisivo: rebote de Muguerza que encontró mal parado a Solozábal y se le fugó...

Fué un partido histórico. Fecha: 31 de mayo de 1956.

UBEDA Y MUGUERZA I HICIERON UN MILAGRO

ces Ignacio sorprendió a la clientela. Después de que Ubeda había largado un dos paredes sin respuesta, Solozábal sacó a flote su color arrimando la pelota, clavándola en perfecta picada en el cuadro 9 y entrando al aire con una seguridad pasmosa. Pero más significó la actividad de Ignacio, quien bordó una faena de alarido aguntando el copioso ataque a sus cuadros. Ignacio pasó del terreno defensivo, en el que estuvo gigantesco, al ofensivo, en el que resultó un prodigo. Y fué así que los azules hilvanaron 8 cartones, ofreciendo la primera vuelta de retortijón.

Después el público aplaudió a Muguerza, porque éste se llevó un rebote ejecutado con mano maestra. Solozábal arrancó la aclamación cuando atrapó una pelota que se iba de "lagartija"



José María Muguerza, fuertote y bonachón, es en la cancha un gigante trágano. Asusta. Se impone más ahora, que tiene un juego formidable. Si no, ahí está la prueba de ese encuentro con Ubeda contra Solozábal e Ignacio, que dejó sin raya a medio mundo. Muguerza I es un zaguero de polendas.



Esta viene siendo una de las grandes temporadas de Paco Ubeda. El cachorro de Mixcoac ganó el último mes una buena cantidad de partidos. Da la impresión de que ha mejorado. El 31 de mayo, jugando con Muguerza I, realizó a última hora el milagro de llevarse un partido que ya no valía un cacahuate.